

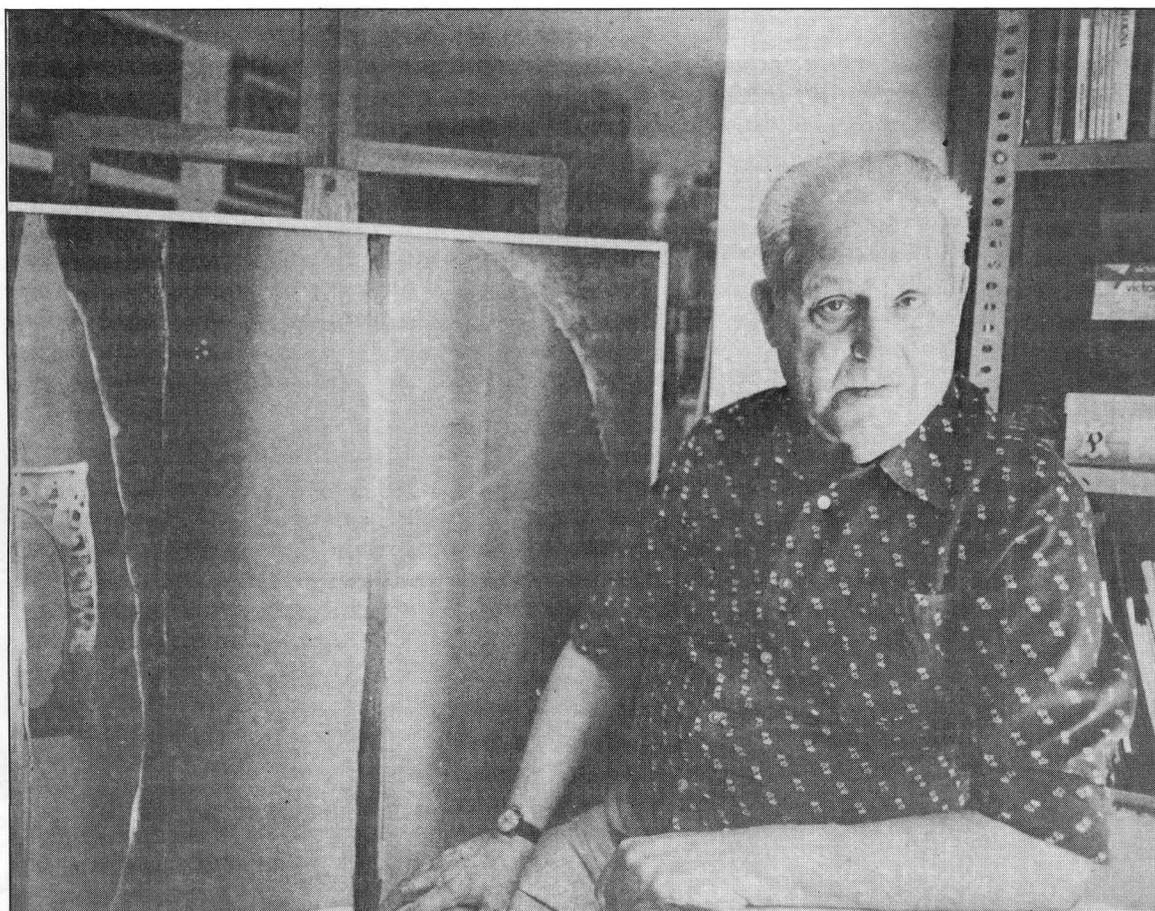
## *Simbología volcánica en “Elogio al fuego”, de Felo Monzón*

Que se siga en la cresta de la ola de la actualidad plástica después de casi sesenta años de estar presente en todos y cada uno de los movimientos estéticos —muchos de ellos introducidos y valorados por el propio artista, que ha sido un estudioso perpetuo de todo aquello que ha venido afectando al arte contemporáneo—, movimientos que han venido desarrollándose en las islas después de aquel hito histórico que supuso la exposición de los alumnos de la Escuela Luján Pérez en el año 1929, y que dio lugar a la aparición del grupo llamado de los “indigenistas”, calificación que hay que entrecomillar dado que algunos de los componentes del grupo no lo aceptan, pero que, en general, es así como se le conoce; que siga en la cresta de la ola, repetimos, sin bajar en absoluto la guardia frente a los cambios que el arte ha venido experimentando en su aventura continua —decidida unas veces, recelosa otras— y llena de dificultades después de que los diseños de transformación creativos lo atraviesan con la renovación experimental —y también testimonial— de sus planteamientos, surgidos éstos con las vanguardias históricas, en las que Picasso, con una actividad intensa, pone la renovación de lo pictórico en un lugar muy diferente de los academismos. Que Felo Monzón haya ido articulando, dentro de ese clima innovador —fijémosnos en todos los procesos que se producen después de concluida la segunda guerra mundial—, haya ido creando una obra propia de innegable interés y, paralelo a ésta, nos haya hecho partícipes de las nuevas tendencias de la plástica de vanguardia, ora desde postu-

ras docentes, ora divulgativas a través de conferencias y escritos, es algo que llama poderosamente la atención de todos los que vivimos en este archipiélago. Decía Eduardo Westerdahl en la que pudo ser su última visita a Maribel Nazco, que Felo Monzón no era solo un cultivador inteligente y responsable de una obra de exigencias contemporáneas sino un estimulador de vocaciones. El ejemplo más claro de esto último es Manolo Millares, que aseguraba —de lo cual soy testigo, y no en una sola ocasión— que si no hubiera sido por Felo Monzón no se habría lanzado, con la decisión que lo hizo, a la aventura de Madrid. De ahí, de esa amistad entre los dos artistas es de donde ha surgido el dilema de si Millares fue o no discípulo de la Escuela Luján Pérez. No; no lo fue, pero sí tuvo vínculos evidentes con ella a través de Felo Monzón.

A mucha gente le podrá coger de sorpresa esta última etapa de la trayectoria y quehacer pictórico de Monzón, dedicada exclusivamente al volcán; pero no se trata de ninguna iniciativa inédita, pues ya en enero de 1950, en la I Exposición de Arte Contemporáneo, celebrada en El Museo Canario, y en la que intervinieron, además de él, Manolo Millares, Juan Ismael y Alberto Manrique, la muestra plástica de Felo está integrada, entre otros cuadros, por las composiciones 2 y 4 de “Lírica de los volcanes”. Es el año de la constitución del grupo LADAC (Los Arqueros del Arte Contemporáneo), al que prestan su juramento como fundadores José Julio, Elvireta Escobio, Alberto Manrique, Juan Ismael, Plácido Fleitas y Felo Monzón. De este dice

Felo Monzón,  
en la Escuela  
Luján Pérez



Eduardo Westerdahl, que firmaba la nota al catálogo de la primera exposición del grupo, “que a través de la imagen campesina, ha atravesado los propios pies del hombre y se ha puesto en contacto con la sorprendente morfología de la lava, como auténtica sangre de la isla”. Y en la Segunda Exposición de Arte Contemporáneo, ésta realizada en el desaparecido Club de Universitarios, Felo Monzón —que hizo, aunque sin firmarla, la nota al catálogo— exhibe, junto a sus compañeros de aquella ocasión (Juan Ismael, Alberto Manrique, Manolo Millares y Santiago Santana), “Paisaje eruptivo nº 6”, “Paisaje con fumarolas”, “Paisaje eruptivo nº 12”, “Erupción” y “Formas lávicas”, además de “Composición abstracta nº 2”—. Otro texto de Westerdahl, este con motivo de la exposición del grupo LADAC en la Galería Syra de Barcelona, en 1951, nos aclara bastante más esta vocación obstinada de Felo Monzón por lo volcánico: “Monzón ha penetrado —dice el crítico— más profundamente estas apariencias y ha relacionado en su última obra el paisaje lávico de las islas con el absolutismo de la pintura contemporánea, creando abstracciones cuyo nacimiento natural está fuera de toda cuestión”.

Sería prolijo, aparte de imposible, hacer aquí y ahora, en una presentación que no quiere ser más que un pórtico literario a la exposición que sobre el volcán (esto en términos de inquietud metafísica), o los volcanes, ha realizado Felo Monzón en la técnica del guache, pintura al agua con la que preludia su exposición de óleos sobre el mismo tema —son realmente síntesis de éste—, que servirá para la inauguración de las nuevas salas de arte que se preparan en el edificio de la Caja de Ahorros de Canarias en la Alameda de Colón.

Acaso el espectador, subrayamos, que conozca a Felo Monzón a través de sus composiciones ortogonales o de sus construcciones abstractas, o del geometrismo cinético de sus “curvas activas”, o que haya leído esa magnífica monografía que le dedicó Alberto Sartoris, o de los muchos textos que han aparecido sobre su obra en periódicos, revistas, etc., etc., se preguntará el porqué de este regreso del artista a formas claramente figurativas. En primer término porque el pintor nunca ha roto del

todo con la expresión figurativa que le caracterizó dentro del movimiento “indigenista” —volvemos a entrecomillar la palabra— iniciado, como dijimos más arriba, por la Escuela Luján Pérez en 1929. En un segundo término porque al expresarse así su obra última —invocada por el simbolismo— aparece con un espíritu más directo, más coloquial, si es que así se puede calificar en pintura. Lo cual quiere decir, a nuestro entender, que Monzón no ha desandado ninguno de los caminos de sus muchas y contrastadas conquistas estéticas. No hay, pues, que señalar distancias éticas entre lo realizado ayer y lo hecho hoy. Nada muere y todo se repite. Pero es evidente que en esta serie de los volcanes —del volcán metafísico—, el valor autónomo de cada cuadro crea, en su contenido, un particular trauma dramático. Monzón no mimetiza ningún paisaje; plasma una idea en la que nos descubre la fuerza telúrica que socava a las islas, nos descubre su simbología, una simbología que queda perfectamente representada desde todos y cada uno de los planos de su tremenda atracción. La concreta a través del dibujo, de la magistral técnica pictórica. Son paisajes con expresividad propia, en los que el artista, absorto en la fuerza onírica —hay un cierto componente surrealista—, va construyendo esos volcanes con un despliegue interpretativo realmente admirable. Un trabajo en los que el color y la composición —siempre cuidada en su estructura— logran la pretendida atracción sensitiva y nos mueven a la reflexión.

Es evidente que estos paisajes —volcanes apagados, fumarolas, derrames lávicos, volcanes en actividad— hay otra componente, la intelectualidad, que el artista depura desde el lenguaje plástico en este su “Elogio del fuego”, Monzón se embebe en esas puntualizaciones de un símbolo que, junto con el del mar, caracteriza la idiosincrasia del hombre canario; símbolo, pues, de nuestro aislamiento, ese aislamiento que nos comunica y, a la vez, nos introvierte. Paisajes volcánicos —debajo está el volcán simbólico— en los que el pintor exalta el fuego de las islas a través de una estilizada poética del color. Estamos, en consecuencia, frente a otra etapa creadora del gran pintor.

AGUSTÍN QUEVEDO PÉREZ